

OPERACION "NILO AZUL"

La flota de B-52 volará muy alto, por encima de los 15.000 metros, a una altitud tal que no podrán ser oídos desde el suelo. E incluso si los detectasen los radares, los misiles «Sam II» no podrán alcanzarlos: la URSS no ha suministrado a los norvietnamitas armamento capaz de llegar a esa altura. Sin embargo, esta vez, los bombarderos no serán utilizados para lanzar sus treinta toneladas de bombas de napalm, bombas de fósforo, bombas guiadas por láser, etcétera. También el objetivo será diferente esta vez: el Norte de Tonkin, las regiones montañosas, tal vez incluso el Sur de la provincia china de Yunnan. Llegados a la zona de bombardeo, los B-52 abrirán sus depósitos y dejarán caer treinta toneladas de brillantes lentejuelas. Producto inofensivo, que además no caerá inmediatamente al suelo.

En efecto, unos kilómetros más abajo se habrán acumulado enormes cantidades de nubes arrastradas por el monzón y bloqueadas por las montañas. Las lentejuelas penetrarán en esa masa de vapor de agua condensado, romperán las nubes y harán precipitarse en unas pocas horas un ingente volumen de agua que normalmente hubiera empleado varias semanas en caer sobre la tierra. Todo ello provocará el desbordamiento de ríos y torrentes. El nivel de los ríos ascenderá impetuosamente, y los diques, minados ya por los bombarderos, se vendrán abajo. Objetivo final: la llanura de Tonkin, donde más de un millón de vietnamitas corren el peligro de perecer ahogados, sin que llegue nunca a conocerse la responsabilidad directa de los B-52 americanos.

Nunca hubiéramos oído hablar de este proyecto de no haber sido por un senador americano, Claiborne Pell, quien, alertado por un breve editorial de Jack Anderson, suscitó el tema ante el Congreso en el pasado mes de diciembre. Los temores del senador Pell no tuvieron eco alguno en la prensa americana. Tan sólo un informe científico de carácter confidencial, titulado «Science and Government Report», dio cuenta de esta sesión del Congreso, aportando ciertas precisiones suplementarias: corrían, en efecto, rumores en los medios militares de Washington en el sentido de que el Ejército americano había llevado a cabo, en 1971, experiencias destinadas a modificar el clima en el Vietnam, provocando especialmente lluvias torrenciales sobre la pista Ho-Chi-Minh. Tales experiencias explicarían las lluvias e inundaciones que se produjeron el año pasado en el Vietnam del Norte.

La información, recogida por la revista científica «Research», les llegó a los norvietnamitas, los cuales escribieron entonces al grupo

«Science for Vietnam», constituido por científicos americanos hostiles a la guerra del Vietnam. Los miembros del grupo interrogaron a numerosas personas y registraron todos los archivos civiles y militares accesibles al público. Así descubrieron que la «guerra geofísica» o «climatológica» interesaba desde hacía algún tiempo a los militares.

Provocar lluvias o buen tiempo, dominar los fenómenos naturales, desencadenarlos a voluntad: todos estos viejos sueños de la Humanidad han sido tomados en serio por al menos una veintena de centros de investigación científica civiles y militares. Los miembros del grupo «Science for Vietnam» lograron seguir la pista a varios de estos programas no sólo en el Centro Nacional de Investigación de Monterrey y en el Laboratorio de Investigaciones sobre Ciclones de Miami, sino también en diferentes oficinas militares y paramilitares, tales como

«Popeye», proyectos «Nilo azul», «Intermediary Compatriot»).

No se sabe exactamente hasta dónde se extiende la participación militar en todos estos programas de investigación, pero una cosa es cierta: las informaciones meteorológicas suministradas por los satélites, por las estaciones polares, por las redes de computadoras y los centros de recogida y tratamiento de datos de todo el mundo, y que deberían servir, por lo tanto, a la Humanidad entera (en particular para la previsión de los ciclones), han sido considerados por los militares de tal importancia estratégica que actualmente se mantienen en secreto. Ciertos datos que antes estaban a disposición de todos, no se comunican ahora ni siquiera a los especialistas.

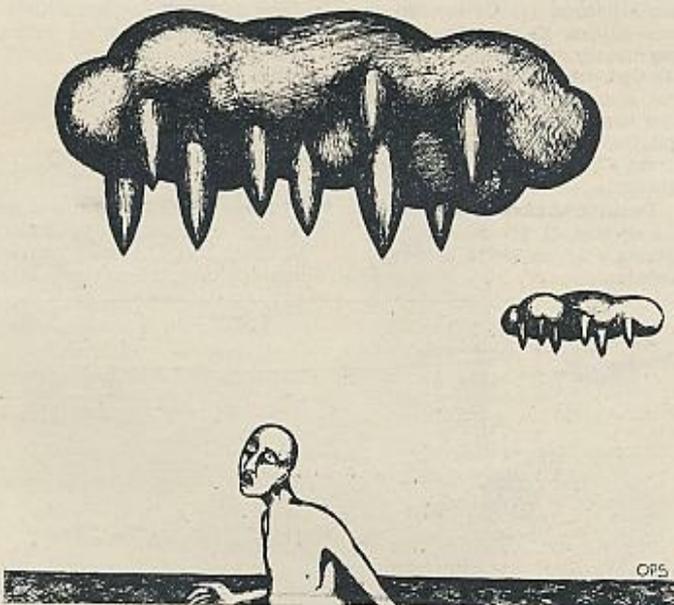
Los proyectos de guerra geofísica tienen igualmente como fin el dominio de los ciclones, de los terremotos, de las mareas, de las tempestades. Parece que, en el

productos poco costosos y fáciles de producir en cantidades industriales. De las investigaciones llevadas a cabo hasta la fecha se deduce que, en determinadas condiciones de acumulación y circulación de nubes, cabe la posibilidad de provocar, sobre una región dada, el mismo volumen de precipitaciones en un corto periodo de tiempo —unos días o unas semanas— que durante todo el año en condiciones normales. Así se pueden destruir las cosechas, provocar inundaciones y minar la moral de la población. Pero da la casualidad de que en el Vietnam, país de la zona tropical, bordeado de montañas junto a las que se acumulan las nubes en la época de los monzones de verano, se cumplen las condiciones de «eficacia» máxima.

Según los pocos datos disponibles, la primera operación militar de este tipo llevada a cabo por los americanos tuvo lugar en 1969 (operación «Popeye»). La utilización militar de la lluvia fue decidida por el alto mando americano para dificultar el avance de las columnas enemigas por la pista de infiltración. Durante esta operación, se borraron del mapa varias aldeas junto con sus habitantes, aunque no se dio al asunto publicidad alguna.

La segunda serie de operaciones se efectuó, al parecer, el pasado año en la pista Ho-Chi-Minh. «Intermediary Compatriot» es el nombre en clave con que se conocen las operaciones llevadas a cabo actualmente en el Vietnam dentro de un proyecto más vasto: el «Nilo azul». Sin embargo, se ignora el número de raids llevados a cabo hasta la fecha y el grado de precisión a que han llegado los militares americanos. Según varios especialistas, esta técnica está ya muy perfeccionada, y es muy probable que los americanos no abandonarán el Vietnam, país donde se reúnen tan «ideales» condiciones, sin haber verificado antes su eficacia mediante una experiencia a gran escala.

Esta operación podría muy bien tener lugar en los próximos días. Hace un mes que comenzó el monzón de verano. El periodo de las crecidas se inicia uno de estos días. Ahora bien, como ha señalado recientemente el geógrafo Yves Lacoste (véase TRIUNFO número 507, «Una dramática amenaza»), desde la reanudación de los bombardeos sobre el Vietnam del Norte los americanos han vuelto a interesarse por los diques, lanzando grandes bombas no exactamente sobre los diques, sino a cierta distancia de los mismos: las explosiones bastarían para provocar un gradual resquebrajamiento de esos diques, que acabarían reventando, con lo que se inundaría toda la llanura. ■ ALAIN JAUBERT.



el Naval Weapons Center (Centro de Armas Navales), de California; el US Navy Weather Research Facility (Departamento de Investigaciones Meteorológicas), de Norfolk, o la Rand Corporation.

El propio departamento de Defensa viene llevando a cabo, desde hace aproximadamente seis años, un vasto programa de investigaciones en torno a la guerra climatológica, ramificado en varios subprogramas: creación de una red mundial de informaciones climatológicas (ARPA Network), elaboración de un modelo de simulación mediante ordenadores capaces de tratar todo tipo de datos y dar cuenta de cualquier situación meteorológica, o más generalmente geofísica, en relación con sus incidencias socio-económicas (proyecto «Illiac»), y aplicaciones directas mediante operaciones militares (operaciones

caso de los terremotos, los militares han logrado, a pesar de sus mentís, resultados «alentadores». Las «ventajas» de este nuevo estilo bélico son múltiples: pueden obtenerse fabulosas energías a bajo precio (un ciclón equivale a centenares de bombas «H»); un material poco costoso sustituirá ventajosamente a la pesada artillería de los misiles y antimisiles, y, además, las investigaciones son discretas: puede hacerse pasar por investigaciones «civiles».

La técnica de «siembra» de nubes había interesado desde hacía tiempo a los investigadores civiles: la lluvia artificial puede devolver la fecundidad a una región desheredada o salvar las cosechas en caso de sequía prolongada. La sal gorda o los cristales de yoduro de plata utilizados para romper las nubes son